

Misericordias de la cultura

Mario Yepes Londoño

Me proponen un escrito sobre la decadencia de la cultura. Pues bien, lo haré sobre lo que tengo más a mano: la decadencia, ya casi imparable, de la cultura en la universidad pública y en la que más me duele: la Universidad de Antioquia. El propósito tiene muchos aspectos posibles, todos urgentes y me gustaría tocarlos en algún momento. Hoy quiero escribir sobre la conformidad con lo rastrero y lo mediocre que se ha instalado hace mucho tiempo entre nosotros.

Durante siglos se mantuvo la discusión, iniciada por los griegos, sobre el carácter de la Cultura; sobre si ésta representaba “el estado de naturaleza” o el de civilización (al cual se le reclamaba exclusivamente la pertenencia del concepto de cultura) e, incluso, si había que distinguir en el concepto de naturaleza la física (y sólo el mundo circundante) y la humana; y, aun, si era necesario distinguir entre “estado de naturaleza” (lo que existe espontáneamente en el mundo físico incluido el humano, el de la vida) y el que resulta por convención, por norma o ley. Podríamos extendernos en cualquier dirección; hay una, también urgente, que me toca directamente, por deformación profesional, que es la distinción entre

cultura y arte, pero ésta es sólo una parte del problema.

Volvamos a lo iniciado: cualesquiera sean las definiciones o el concepto que se tenga de la cultura, la universidad está obligada con ellos. La universidad tiene varios roles que cumplir: reconocer la cultura de todas las procedencias, acogerla en su seno como madre fecunda (*alma máter*) y fecundarla, nutrirla (*alma* en latín también es *nutricia*) durante la gestación de los que la habitamos (algunos nunca queremos ser paridos del todo, o por lo menos aspiramos a mantener un generoso cordón umbilical con ella *para cumplir una función social, también fecunda; no para agotarla con una gestación infinita que termina con un parto de los montes que ya se sabe en qué consiste: dar a luz un ratón*; en esa gestación, la universidad pare nuevos productos culturales: se le reclama que sean de alta elaboración, de rigurosa utilidad para la sociedad, no sólo en el terreno estrictamente material de la supervivencia física de los seres humanos a quienes se debe, sino en todos los ámbitos del espíritu: la creación de la excelencia.

Por eso, a la Universidad nada humano le es ajeno; al reconocer la cultura que la rodea (en círculos que van desde lo inmediato de su entorno hasta los más



Steven Meyer-Rassow, *Erosión del tiempo*, Galería de CowGummy, imagen disponible por Creative Commons, sin fines de lucro.

lejanos confines), la universidad reconoce todo lo que le ofrece el mundo: las formas de conocimiento o que reclaman serlo; lo malo y lo bueno, lo refinado y lo grosero, lo pulido y lo burdo, lo “culto” y lo “inculto”, lo pacífico y lo violento. Y para reconocer todo eso que le compete, tiene que estudiarlo; y estudiarlo a fondo, sin escrúpulos ni náuseas morales o políticas; estudiarlo y evaluarlo. Porque la universidad, como se debe a la sociedad (a su supervivencia, a la elevación de su espíritu, a la exaltación de ideas como

paz, democracia, justicia), en esa gestación de nuevos seres dentro de su seno, como en toda gestación en la que una madre aspira, no a tener un aborto o un ser deforme sino seres con una superior consciencia de su deber y de sus derechos, no puede nutrir a su engendro con todo lo que se halle a su alcance. Así como la madre selecciona su alimento y sabe de cuáles prácticas debe abstenerse, el alma máter tiene que seleccionar, de todo lo que estudia de la sociedad, aquello que razonadamente, con bases

ilustradas, le servirá al mejoramiento de esa sociedad.

La universidad no es, como tanto se suele decir, un simple espejo de la sociedad porque, si es así, sobran la ciencia y el arte y sobra la universidad y sólo contribuye a reproducirla tal como es, a multiplicarla sin contribuir a mejorarla e incluso, cuando es necesario, a transformarla y subvertirla en favor de la justicia. Si obra de esa manera, sólo como espejo pasivo, está renunciando a una función esencial: **la crítica de la cultura. De toda la cultura.** Del folclor y de Bach, del cuentero y de Carrasquilla o Dostoievski, del pintor callejero y de Botero; de las costumbres, de todo lo dicho arriba. Aún si se aceptara que la universidad sólo es el reflejo de la sociedad y además tiene que albergarla, ¿no tiene en todo caso que seleccionar lo que alberga, y luego lo que propone a la sociedad?

Si la cultura, según la definición tan socorrida es todo lo que el ser humano elabora y transforma de la naturaleza, entendemos que allí se incluyen todas sus prácticas para la supervivencia, sus tradiciones, mitos, creencias, rituales, su visión del mundo, del universo y de los otros, sus prácticas guerreras; su magia, su ordenamiento de la sociedad, sus normas, sus construcciones y su folclor, sus objetos utilitarios, las fabricaciones etéreas o materiales de la ficción a partir del ocio, hasta los sueños y los testimonios de su tránsito por la vida; en fin, todo eso que Duby señala como las “huellas” que un historiador debe rigurosamente encontrar y descifrar para cumplir su oficio. Pero esas todas son

manifestaciones espontáneas, que resultan simplemente del impulso individual y de los aconteceres, benéficos o desventurados, de lo que produce el ordenamiento social.

Ninguna sociedad establece que todo lo que produce espontáneamente merezca ser aprobado y conservado. De hecho, uno de los más recurrentes motivos de conflicto social es el enfrentamiento, en una lucha incesante de intereses y criterios, por determinar qué debe ser cuidado y perpetuado; pero, en todo caso, los sectores enfrentados tienen claro que de la permanente generación de productos culturales de todo orden, siempre es necesario cribar y someter a selección. Puede haber muy diversos puntos de vista y orientaciones que informen las decisiones que sobre ello se tomen en una sociedad; generalmente, mutantes al compás de las alternaciones en el poder y de la relativa instrucción de cada fuerza en pugna. En todo caso, hay algo que nadie discutiría: la única condición que verdaderamente se requiere para la supervivencia de la cultura es la defensa de la vida. Esto es lo que no hay manera de que entiendan los gobiernos. Para ellos, esta condición básica —la defensa y protección de la vida— es un predicado general para repetir pero que en realidad no hay que tomarse muy en serio. En cuanto a la cultura, para los gobiernos —incluso para algunos gobiernos universitarios, amigos de los tablados llenos de atorrantes que no dejan hacer clase ni ejercer actividad académica alguna—es algo de lo que siempre hay que hablar con solemnidad y, sobre todo, es algo que sirve para hacer

demagogia; entonces atiborran los campos, las ciudades y los campus, de todo el material en bruto que produce la sociedad, sin examen crítico, sin otro criterio de excelencia que la del pequeño mundo que tienen en el cerebro esos mismos “dirigentes”.

La cultura simplemente es. No requiere promoción, porque mientras haya personas y núcleos humanos habrá cultura; no se **extiende** (la educación y la ilustración sí); no alcanza cotas ni metas más altas porque se decreta, de manera burocrática y demagógica, que progrese o se extienda o se enriquezca, porque la cultura no progresa ni regresa más que la sociedad. La conservación de la cultura, reitero, simplemente exige la conservación y la defensa de la vida y luego, sólo la ilustración de la sociedad hará que progrese todo lo que ésta produce. Ilustración que es indispensable porque la cultura es esencialmente acrítica, de una manera que puede llegar hasta la violencia: no se acepta que sean criticables el folclor, el amor a la patria, la moral de una determinada religión, las figuras del poder, la familia tradicional (ni se acepta la aparición de “nuevas” estructuras de la misma o la propia existencia de la homosexualidad), el monopolio de la religión, la educación, y tantos etcéteras.

El arte sí exige mucho más. Aquí entenderemos por arte lo que significó de manera primigenia: una habilidad particular, una experticia singular, alcanzar la maestría en un oficio y un saber. Aquí cabe, pues, un concepto que no se refiere sólo a las Artes (plásticas,

visuales, musicales, literarias, representativas, cinematográficas), sino también a la ciencia y a la filosofía. Todo lo que compete a la universidad.

El arte va en contravía de la cultura; no depende sólo de la supervivencia física de quienes lo producen, sino también de su ilustración, de su formación específica en una disciplina, de su capacidad para proyectar los productos que elabora y para alcanzar una cultura de su oficio (su historia y, en especial, su relación con la sociedad). Ya el solo hecho de que el maestro sea en verdad ilustrado en un arte, lo convierte en un crítico de la sociedad y de la cultura, que vienen a ser una y la misma cosa. El arte no es sólo un aspecto, un sector de la cultura; es el más excelente de ella porque es el más elaborado y, visto bien, se constituye en un producto y una visión cuestionadora de la cultura. El arte es la crítica de la cultura.

Por eso, si a alguien corresponde imperativamente la crítica de la sociedad es a la Universidad y no hay emanación de la sociedad que la represente tanto como su cultura. Al estudiar ésta, corresponde a la Universidad señalar sus aspectos negativos: la superstición, la violencia en todos los ámbitos (desde el familiar hasta el de las instituciones), la conformidad con la ignorancia que conduce a la parálisis, el racismo, el desconocimiento de las normas de convivencia, la ignorancia política que lleva al borreguismo y a la elección de falsas luchas sociales.

Pero la paradoja es que el arte no puede existir, no puede surgir, sino de ese limo, con frecuencia podrido, de la cultura; o sea de la materia excreta de la sociedad a la cual representa y finalmente se debe, o no se justifica como obra humana. Porque, como los productos espontáneos de la cultura fundamental, el arte es siempre una interacción entre los creadores y su sociedad, que es originalmente la sociedad aldeana en la cual se produce para luego aspirar a la sociedad global. Tanto la elaboración misma de un tema, de una imagen, de una idea, de un motivo musical, como ese obligado componente de la visión crítica y aún la catarsis, si se quiere, pueden representar sólo un conflicto individual o el de un conglomerado, pero siempre será social para ser excelso y universal. Hasta aquí tenemos una interacción entre el autor o los autores y la sociedad a la que interrogan desde el momento de la gestación de la obra. Pero luego se impone que ésta se confronte con el destinatario natural de la obra de arte: con el lector, el espectador, el oyente de la creación. De esta manera será posible que éstos, a su vez, de vuelta, hagan la crítica de la obra que pretendió hacer la de la sociedad. En esa confrontación hay un aspecto esencial para la alta calidad del arte: la calidad de la demanda, la mayor exigencia del público.

Pues bien, todo esto en gran medida se nos está negando en la Universidad, porque ella se debate en la contradicción entre sus grandes realizaciones académicas y la pasividad ante lo que la está frustrando: programas magníficos como los Premios Nacionales de Cultura

(que deberían llamarse de Artes) frente a las manifestaciones más rastreras de la cultura dominante, de la inducida por un establecimiento interesado en mantener a la gente en la miseria del espíritu, tanto desde la burocracia oficial (las inefables Secretarías de Cultura) como desde las iniciativas comerciales.

Que la Universidad se ocupe de criticar la cultura y de formular proyectos en defensa de la vida, para la transformación de la sociedad, en pro del derecho y de la justicia; y, por otra parte, en producir imágenes artísticas críticas, proyectos de educación para todos los sectores, es algo que interesa a muchos en la Universidad, quienes hacen esfuerzos ímprobos en la docencia, la investigación y la creación. Pero, además de los consabidos ataques del Estado y del establecimiento y de la falta de financiación, viven sometidos a dos tipos de obstáculos con los cuales es muy difícil luchar: la violencia y la parálisis promovidas por los enemigos internos, por un lado; por otro, la indolencia de la dirección universitaria frente a ese par de fenómenos, sumada a la incapacidad para proponer la excelencia.

Mario Yepes Londoño es profesor pensionado y actual docente de cátedra en la Universidad de Antioquia. Escribió este artículo especialmente para la *Agenda Cultural Alma Máter*.